

corona bajo la segura proteccion de la nacion húngara y, recordando la antigua fama de los húngaros, manifestó la esperanza de que los individuos de la Dieta harian todo cuanto fuese necesario para oponer al enemigo una fuerte valla. María Teresa pronunció despues, desde el trono, algunas palabras en latin sobre la triste situacion de la corona y del país: «se trata, añadió, del reino de Hungría, de nuestras personas, de nuestros hijos. Abandonada de todos, me refugié sola entre vosotros, confiando en vuestra fidelidad y vuestro valor; por esto ruego á los Estados que, sin pérdida de tiempo, cuiden en este peligro supremo de nuestra persona, de la corona y del reino.» La asamblea se mostró profundamente conmovida, y cuando el primado aseguró el apoyo de toda la nacion, muchos exclamaron: «¡Consagramos nuestra sangre y nuestra vida! (1)» En el mismo día acordó la Dieta aceptar incondicionalmente las proposicio-



Entrada del archiduque para prestar su homenaje á María Teresa. Sacado de la obra contemporánea de Kriegl

nes de la reina y rechazar por tanto las pretensiones que sobre la Hungría habia manifestado el elector. Dos dias despues estaban fijados los puntos principales del levantamiento general: el ejército debia ser aumentado hasta 30,000 hombres, destinándose al efecto 4 millones; y además de esto, Hungría debia poner en pié de guerra 15,000 soldados, Croacia y Esclavonia 14,000, y Transilvania 6,000, de suerte que pudiera contarse con un ejército nacional de 100,000 combatientes.

Al entusiasmo siguió pronto el período de calma, y á costa de grandes sacrificios se pudieron organizar seis regimientos con 21,000 hombres, cifra que con los contingentes de las comarcas vecinas en breve se elevó á 56,000. La Dieta pasó mucho tiempo en hacer los demás preparativos, ocurriendo entre tanto algunas disidencias entre los Estados entre sí y con el gobierno. El príncipe heredero, José, contaba enton-

(1) «Vitam nostram et sanguinem consecramus;» las palabras «omniamur pro rege nostro» no fueron pronunciadas. Arneth, I, 405.

ces seis meses y se encontraba todavía en Viena; pero cuando en 20 de setiembre se temió una invasion en la capital, fué conducido á Presburgo y mostrado al día siguiente á los Estados, mientras el gran duque prestaba el juramento como regente. Cuando Francisco Estéban, despues de jurar, pronunció las palabras «la sangre y la vida por la reina y por el reino,» los Estados contestaron con un entusiasta ¡viva!

Al siguiente día, la corte se dirigió á Viena; pero María Teresa regresó á Presburgo para cerrar las sesiones de la Dieta, (29 de octubre). Quedaban por zanjar algunas diferencias entre la corona y los Estados; pero en la sesion de la Dieta del 20 de octubre de 1741, se establecieron las buenas relaciones entre unos y otros. La reina habia conseguido lo principal, es decir, el reconocimiento de la co-regencia de su esposo, y dinero y tropas para la guerra. El curso de los debates de la Dieta, las escenas de familia en el castillo real

y los grandes preparativos de la Hungría produjeron gran impresion en todos los Estados de Europa, los cuales esperaban silenciosos, dirigiendo miradas de impaciencia y de envidia al Parlamento inglés, en cuya semi-civilizada nacion una constitucion, al parecer anticuada, aseguraba al trono la proteccion y al pueblo la libertad. No todos los preparativos produjeron el resultado que se esperaba: los primeros escuadrones de caballería y los toscos *panduros*, que se habian lanzado á la lucha antes de que se cerrara la Dieta, dejaban mucho que desear en punto á disciplina. Muy paulatinamente y en pequeños contingentes se iban reuniendo las tropas húngaras; pero poco á poco se fué aumentando su número, y fueron mejorando sus condiciones militares hasta que los soldados de Hungría llegaron á prestar importantísimos servicios durante la segunda guerra silesia, especialmente en la época del paso del Rin.

Durante y despues de la celebracion de la Dieta, la situacion de Austria era cada vez mas crítica. El embajador veneciano decia desde Presburgo: «No pasa día sin que aumente

el actual peligro (1)» Carlos Alberto se dirigia entonces hacia Viena; el elector de Sajonia se habia unido á los bávaros y á los franceses, á cambio de la promesa que le hicieron de cederle la Moravia; Federico II habia reanudado la guerra y el ejército austriaco, compuesto de 40,000 hombres, llegó demasiado tarde para salvar á Praga y solo pudo posesionarse de la Baja Bohemia. En tal situacion pensó María Teresa en hacer un arreglo con la Prusia, y en representacion suya firmó en Silesia el conde Neipperg el convenio de Klein-Schellendorf (9 de octubre de 1741), en virtud del cual Prusia recibió toda la Baja Silesia, Neisse y Glatz bajo ciertas condiciones, y las tropas prusianas obtuvieron permiso para establecer sus cuarteles de invierno en la Alta Silesia. En el fondo, sin embargo, ninguno de los dos partidos pensaba en una paz definitiva, y Federico II, pocas semanas despues se desentendió de todo compromiso. Sin tener para nada en cuenta el convenio, entró en un arreglo con el elector (4 de noviembre) y ordenó á las tropas prusianas que penetraran en Bohemia, mientras Schwerin con su ejército entraba en Moravia y se apoderaba en 26 de diciembre de Olmutz. La Alta Austria, una gran parte de la Bohemia, Silesia y la Moravia septentrional se perdieron para los austriacos que ya no pudieron obtener de ellas hombres ni dinero.

Entre tanto, el conde Luis Khevenhuller, valiente y experto general, habia robustecido su pequeño ejército con los continentes húngaros y alemanes y tomaba, en 20 de diciembre, la ofensiva contra los bávaros y franceses en la Alta Austria. Sus fuerzas se elevaban únicamente á 16,000 hombres (8,000 de infantería regular, 4,000 jinetes y 4,000 soldados de las fronteras y voluntarios), mandados por los valientes Menzel, Francisco de Trenk y Bernclau. Este ejército, dividido en tres pequeños grupos, subió por la orilla del río, se apoderó de Steyer y de Enns y sitió á Linz, donde quisieron resistir los franceses mandados por el conde Segur. En 23 de enero comenzó Khevenhuller á bombardear la plaza, y al día siguiente Segur tuvo que capitular. Khevenhuller recibió, mientras acampaba delante de Linz, la célebre carta que transcribieron las gacetas de la época y en la cual María Teresa le llamaba el salvador de la monarquía. En ocho dias toda la Alta Austria se vió evacuada por el enemigo: un cuerpo de ejército austriaco se apoderó de Passau, y derrotó en Schärding y Landshut, al mariscal de campo conde de Tössing, principal motor de la expedicion bávara. Khevenhuller volvió atrás con las tropas regulares y se apoderó de todos los territorios comprendidos entre el Inn, el Isar y el Danubio. Un regimiento imperial, procedente del Tirol, entró en Baviera y el coronel Menzel se apoderó en 12 de febrero de la capital Munich. La guerra que se hizo en el país bávaro fué desapiadada. Las palabras de María Teresa: «Aquellas comarcas deben ser tratadas sin compasion,» fueron cumplidas al pié de la letra; los soldados fronterizos y los panduros excedieron á todos en crueldades: el terror iba con ellos y el grito de «¡Menzel! ¡Menzel!» ponía en fuga á todas las milicias del país. El noble Khevenhuller deploraba aquella clase de guerra, pero ni la reprension ni el castigo podian contener tan salvaje desbordamiento.

Carlos Alberto buscó, en tal apuro, el auxilio de Federico II, el único que podia salvarle. En efecto, el mismo Khevenhuller escribia con razon á María Teresa: «El rey es el único que puede hacernos daño.» Federico II se presentó en 30 de enero en Olmutz al frente de su ejército, con el intento de tomar el mando de las tropas sajonas; pero no pudo lograr su objeto. Sin obstáculo alguno penetró entonces en la Moravia meridional, se apoderó de Iglau (18 de febrero), llegó

(1) Capello, 25 de agosto de 1745.
EL AUSTRIA

pronto á la Baja Austria y los húsares prusianos avanzaron hasta el Danubio; pero no parece que el rey se propusiera, con su expedicion, un objeto determinado, ni que quisiera atacar formalmente á Viena, en cuya ciudad, á pesar de todo, renació el temor de verse sitiados por los prusianos. El Consejo supremo de la guerra ordenó á Khevenhuller que fuera á salvar la capital y que se reuniera al ejército bohemio. El prudente mariscal se negó á abandonar la Baviera, donde las tropas se reunian de nuevo en Ingolstadt, declarando que el paso del Danubio por los prusianos era imposible y que la retirada se impondria á estos por sí misma. Sin embargo, ante las repetidas instancias que se le dirigian, se decidió á enviar al ejército bohemio seis regimientos y 300 croatas, mandados por el conde Mercy, continuando él la ocupacion de Baviera. Así, pues, al verificarse la coronacion de Carlos VII, el Austria parecia ser el dueño de la situacion y, con el apoyo pecuniario de la Inglaterra, podia aprestarse para nuevos ataques. María Teresa y los ministros opinaron que el primero que debia ser combatido era Federico II, el enemigo mas poderoso y en su consecuencia se acordó que el ejército bohemio le atacara, á su regreso de Moravia; pero el rey de Prusia se anticipó á los austriacos, pues, una vez evacuado Olmutz, se dirigió á Bohemia y estableció, en 12 de mayo, su campamento en Chrudim. El ejército austro-bohemio, que habia sido considerablemente aumentado, se dividió entonces en tres cuerpos, y mientras el príncipe Lobkowitz se apoderaba del camino de Praga á Budweis, Carlos de Lorena, con el grueso de las fuerzas austriacas (unos 30,000 hombres), se dirigia contra Czaslan, en frente de Chotusitz. Atacado sin embargo, por el rey de Prusia, fué completamente derrotado. La victoria parecia, en un principio, inclinarse á los austriacos, cuyas dos alas llevaron el desórden á las filas prusianas, pero en el centro, no pudo la infantería resistir á los prusianos y emprendió la fuga. El príncipe Carlos, que habia perdido 4,000 hombres, retrocedió hasta Williwov, y el rey permaneció en Kuttemberg, y no atreviéndose á intentar una segunda batalla se mantuvo quieto, cuando los austriacos atacaron á los franceses. El príncipe Carlos agregó á sus fuerzas el cuerpo de ejército de Lobkowitz, derrotó á los franceses en Teyn y, evitando un encuentro con los bávaros, atacó á Praga. Las torpes maniobras de los franceses y la situacion política general inclinaron el ánimo de Federico II á firmar la paz con Austria (2). El nuevo ministerio inglés prometia á María Teresa dinero y un ejército en Hanover, si se reconciliaba, «costase lo que costase,» con Federico II. Lord Hynford fué revestido de plenos poderes por el Austria y el rey prusiano envió á Breslau á su embajador Podewils, con la órden de llegar á un acuerdo definitivo dentro de las veinticuatro horas. Los preliminares comenzaron en aquella ciudad en 11 de junio y, despues que Sajonia hubo expresado su conformidad, firmóse el tratado de paz en Berlin, en 28 de julio de 1742, tratado que fué el fundamento de los que luego se firmaron con Prusia hasta la paz de Hubertsburgo. En virtud de aquel tratado, el Austria cedió á la Prusia la Alta y la Baja Silesia con el condado de Glatz, reservándose, sin embargo, el principado de Teschen, la ciudad de Troppau y los territorios de aquende el Oppa con la parte montañosa de la Alta Silesia. El pacto general de 6 diciembre de 1741 marcó las fronteras. Las comarcas que quedaron en poder del Austria forman los actuales dominios reales de Silesia, cuya frontera sigue marcada por el pequeño Oppa. La Prusia se obligó, á cambio de estas cesiones, á respetar la religion católica en la Silesia prusiana, y á devolver los bienes á los comerciantes ingleses

(2) «Correspondencia política de Federico II,»—II, 192.

de Silesia, hipotecados en 1735, cuestion que ha sido definitivamente zanjada en nuestros días. Jorge II de Inglaterra y Hanover, Augusto de Sajonia-Polonia y la emperatriz Isabel de Rusia se adhirieron á la paz.

La paz de Breslau inclinó á Carlos VII á romper la union con Francia, tanto mas, cuanto que el gabinete francés á sus espaldas trataba de entrar en alianza con el de Viena. El emperador únicamente exigía una compensacion por la Bohemia y por la renuncia que pensaba hacer de todas las comarcas hereditarias. Inglaterra opinó entonces que se cediese á Carlos Alberto, como un reino soberano, la Lorena, la Alsacia y el Franco-condado, debiendo la Baviera continuar unida al Austria; pero el emperador rechazó estas proposiciones. «De emperador que soy, ¿cómo iba á convertirme en un vagabundo, en un príncipe sin dominios?» escribía á uno de sus hombres de confianza (1). La paz de Breslau reportó al Austria la ventaja de poder dirigir en los años siguientes, todas sus fuerzas contra Francia y Baviera. El gobierno francés había propuesto al Austria, antes de los preliminares de Breslau, la paz y la alianza; pero María Teresa declaró al embajador inglés «que por aquella vez no se dejaría ablandar.» En efecto, contestó á Fleury (2): «Francia conoce mi espíritu de paz, pero cuando creyó poderme aniquilar por completo, no quiso tenerlo en cuenta: mis Estados fueron conquistados y devastados; los fundamentos de la constitucion alemana violados; las libertades del reino pisoteadas, y no se debe á la Francia que la casa de Austria haya sabido conservar su existencia, no cesando nunca de luchar. Se había pensado poner á toda la Europa bajo el yugo de Francia; de aquí que la causa de la reina haya sido la de los príncipes alemanes y la de todas las potencias que estiman su tranquilidad y su independencia.»

María Teresa quiso, ante todo, arrojar de Bohemia á los franceses, con cuyo objeto, Khevenhuller debía evacuar la Baviera y reunirse con el ejército bohemio. El mariscal francés Maillebois, que se vió obligado á evacuar á Praga, fué detenido en el Alto Palatinado, y el príncipe Lobkowitz condujo su ejército de 17,000 hombres delante de Praga sin poder cercar la ciudad. Belleisle, con 14,000 hombres, salió de ella en la noche del 16 al 17 de diciembre y se dirigió, por el Oeste, hácia el Eger, para reunirse con los franceses en el Alto Palatinado, perdiendo por el camino la mitad de sus tropas. El lugarteniente francés Chevert que había quedado en Praga con solo 6,000 hombres, capituló en 2 de enero y pudo salir de la plaza con todos los honores, dirigiéndose en seguida á Eger, fortaleza que hubo también de rendirse. El ejército bohemio retrocedió, dirigiéndose paralelamente á Maillebois, hácia el Danubio; se reunió con Bernclau, que había evacuado á Munich, y atravesaron juntos el Inn. Por algun tiempo suspendióse aquí la lucha: los franceses se encontraban en Scharding, los bávaros en Braunau y los austriacos en Passau y en el Alta Austria.

María Teresa había conseguido el objeto que mas inmediatamente se había propuesto; la Bohemia se encontraba de nuevo bajo la soberanía del Austria. El primer punto de la capitulacion que había firmado Lobkowitz prometía una amnistía; pero la reina no se encontraba muy dispuesta á tolerar y á dejar sin castigo el homenaje y los servicios prestados á la dominacion extranjera. Como un año antes se había hecho en la Alta Austria, creóse una comision investigadora que emprendió muy formalmente sus tareas, haciendo una distincion entre los *inocentes*, los *amantes de innovaciones* y los *verdaderamente enemigos* que habían tomado parte en la guerra contra el Austria.

(1) A. Seinsheim, 18 de julio de 1742.—Heigel, obra citada.
(2) Arnetz, II, 107.

Los verdaderos jefes del partido bávaro habían huido, pero todos los miembros de los tribunales imperiales y de los Estados que habían desempeñado sus cargos durante el gobierno del elector, el arzobispo y muchos nobles fueron expulsados de Praga. Todos aquellos contra los cuales pesaba alguna acusacion pudieron sin embargo defenderse, y fueron muchos los señores que justificaron su conducta diciendo que la prestacion de homenaje no había sido mas que una obediencia pasiva y una manera de salvar sus intereses. Así lo manifestaron los condes Estéban Kinsky, Rodulfo Chotek, Felipe Callas, Venceslao Kokorowa, Felipe Kolowratd y otros. La comision absolvió á la mayor parte de los acusados: solo aquellos que habían estado al servicio personal del elector perdieron sus destinos y se les prohibió presentarse en la corte; tales fueron los condes Francisco Wrba, Khuenburg, Carlos Morzin, Francisco Clary, Venceslao Potting y otros. El arzobispo, conde de Manderscheid, que había estado en inteligencia con los franceses y bávaros y cuya conducta había producido gran indignacion en Viena, dijo que su proceder había sido hijo de la necesidad. Por esto no pudo ser castigado, si bien voluntariamente se expatrió por algunos años. Un tribunal especial pronunció la sentencia contra los culpables en virtud del código criminal de 1707 y de un edicto de 6 de marzo de 1743, en el cual María Teresa hizo distincion entre los propietarios extranjeros y los austriacos: los bienes de los primeros fueron confiscados ó secuestrados, y los austriacos que voluntariamente se habían sometido al enemigo, fueron castigados con multas y prision. Entre estos últimos se contaba el conde Enrique Mannsfeld, que había acompañado al elector á Francfort y que había sido su embajador en Roma, y los condes Wrtby, Bubua, Michna y Fernando Kolowratd. Los judíos hubieron también de pagar multas y los consejeros de la ciudad y los catedráticos de la Universidad fueron destituidos. María Teresa estaba resuelta á no aplicar á nadie la pena de muerte: algunos de los mas culpables fueron encerrados en fortalezas: el conde Paradies, antiguo capitán de la guardia urbana; el baron de Deym, que había hecho el oficio de espía, y el capitán Carlos David que se había comprometido en gran manera de palabra y de obra, fueron encerrados respectivamente en Nueva-Viena, en Temesvar y en Ofen. María Teresa deseaba correr un velo sobre lo pasado, razon por la cual no quiso aprobar algunas sentencias y suavizó otras. El conde Kairserstein, su premo canciller del elector, recobró algunos años despues sus bienes, pero no pudo volver al territorio austriaco. El número de los traidores era grande; pero las principales familias de los Avesperg, Diefrichstein, Liechtenstein, Lobkowitz, Schwarzenberg, Colloredo, Harrach, Kawnitz, Salm, Schlick, Trautmannsdorf y Cernin, y una porcion de empleados, y las ciudades de Budweis, Pilsen, Klattau, Leitmeritz y Eger se habían mantenido fieles (3). A pesar de todo, María Teresa recordaba aun con tristeza el reciente pasado, tristeza que desapareció solamente cuando los Estados le prestaron homenaje, y cuando recibió la fausta noticia de que el príncipe Carlos de Lorena había obtenido una victoria junto á Braunau. La prestacion de homenaje y la coronacion (11 y 12 de mayo de 1743) se verificaron con toda pompa y en ellas tomó parte muy activa la poblacion entusiasmada (4). Para borrar también en la Alta Austria el recuerdo de la dominacion extranjera pasó la reina desde Praga á Linz, donde se hizo prestar homenaje en 25 de junio, y confirmó la antigua constitucion del país. Ya en marzo de 1742 había declarado á los Estados de la Alta Austria

(3) Arnetz, obra citada, II, 220-244.—Woll, *El Austria bajo María Teresa*, 68.
(4) Capello, obra citada, 246.

que quería olvidar lo pasado y que esperaba que los Estados en la concesion del Postulado y en otros servicios mostrarian el mismo celo que muchos de ellos habían mostrado en aquella *frívola prestacion* de homenaje.

¿Cuánto había cambiado la situacion del Austria, desde el invierno de 1741 á 1742! El plan de una reparticion de sus territorios había fracasado; la Alta Austria, Bohemia y Moravia habían sido reconquistadas y Prusia y Sajonia dejaban de formar en el número de sus enemigos. Inglaterra era un poderoso aliado contra Francia y las cosas tomaban un sesgo favorable en Italia y en el Norte.

En Viena se daba al rey de Cerdeña el nombre de rey italiano de Prusia; pero había una diferencia entre los dos; Federico II era independiente, y el rey de Cerdeña dependía de Francia ó de Inglaterra. Temía la entronizacion de un tercer Borbon en Italia, y por esto, cuando las tropas auxiliares españolas aparecieron en la Alta Italia, firmó con el Austria el convenio de Turin (1.º de febrero de 1742): su ejército se unió con el austriaco, á las órdenes del conde Oton Traun y entre ambos obligaron á los españoles á emprender una vergonzosa retirada, porque el rey de Nápoles, amenazado por una escuadra inglesa, ordenó á sus tropas también que se retiraran. Cuando otro cuerpo de ejército español penetró en Italia procedente de Francia, Carlos Manuel retiró sus tropas (diciembre de 1742), de suerte que los austriacos y los españoles se encontraron solos frente á frente. Entonces Traun y Aspremont derrotaron en Camposanto, en 8 de febrero de 1743, á los españoles mandados por Gages, y estos hubieron de suspender sus operaciones por espacio de mas de un año. El conde Traun, que en concepto del gobierno de Viena había gastado demasiado, fué exonerado del mando del ejército y nombrado comandante de Moravia, sucediéndole en Italia el príncipe Cristian Lobkowitz, á quien se quería alejar de Bohemia, porque no podía avenirse con Khevenhuller, ni con Carlos de Lorena. El rey de Cerdeña supo aprovechar hábilmente aquellas circunstancias; y como los Borbones solicitaban su alianza, el gabinete inglés excitó á María Teresa para que cediera á Cerdeña una parte del territorio. María Teresa consintió en ello, porque la Francia, desde la muerte del cardenal Fleury, hacía grandes aprestos para continuar la guerra. En el tratado de Worms (13 de setiembre de 1743), cedió pues el Austria á Cerdeña todos los territorios de la orilla derecha del lago Mayor y del Tesino; la comarca de Pavia, en la orilla izquierda del Po; Plasencia y los terrenos vecinos; y el derecho de reversion del Finale que pertenecía á Génova. Cerdeña, en cambio, reconoció nuevamente la Pragmática sancion y prometió proporcionar al Austria en caso de guerra, 45,000 hombres. En un artículo secreto, las tres potencias, Austria, Inglaterra y Cerdeña, se comprometían á arrojar á los Borbones de Italia, y especialmente de Nápoles y Sicilia. María Teresa consintió en ello de mala gana, pues el Austria perdía, en este arreglo, la excelente línea fronteriza del Sesia; además la amistad de Cerdeña era de dudoso valor y la escuadra que Inglaterra había prometido enviar contra Nápoles, no se presentaba en el Mediterráneo.

Inglaterra-Hanover salió sin embargo de su neutralidad: el rey Jorge deseaba alcanzar fama en la guerra; y el ejército llamado pragmático, que había sido reclutado en los Países Bajos austriacos, se dirigió al fin hácia Alemania, donde se le unió un cuerpo de tropas austriacas mandado por el conde Salm. Este ejército aliado derrotó en Dettingen (27 de junio de 1743) á los franceses mandados por Noailles, de tal manera, que estos tuvieron que repasar el Rhin. El rey Jorge y el príncipe Carlos de Lorena llegaron á ponerse de acuerdo sobre el plan general de guerra, pero la campaña del Rhin

fracasó, y por tanto no pudo conseguirse el objeto propuesto, que era conquistar la Alsacia y la Lorena. En 1743, volvió Baviera á caer en poder del Austria, pues Khevenhuller y el príncipe Carlos derrotaron en la primavera de aquel año á los bávaros en Simbach y Braunau. El emperador Carlos VII vivía en Francfort, sin dominios y sin súbditos: era realmente un hombre desgraciado. Federico II de Prusia le aconsejó que se asociara con algunos Estados del imperio á fin de organizar un ejército neutral; pero el elector de Colonia se negó á todo convenio, el de Tréveris apoyaba los intereses austriacos y el de Maguncia temía la secularizacion. El impuesto nacional que la Dieta había decretado no se pagaba; Baviera había sufrido una pérdida de 30 millones y el ejército bávaro contaba solo 18,000 hombres. Entonces Carlos se mostró dispuesto á aceptar para Baviera los Países Bajos austriacos; pero esta vez el Austria rechazó toda proposicion de arreglo y Carlos se vió abandonado por todos los mediadores.

El rey de Prusia que había mirado en 1743 con gran desconfianza las victorias conseguidas por los generales y por los diplomáticos austriacos, ordenó entonces á sus ministros Podewils y Borke que le dieran su parecer sobre la situacion general (1). Federico buscaba la alianza de Rusia y Suecia y aconsejó á Francia que desoyera todas las proposiciones de paz. Públicamente y en secreto trabajaba contra el Austria y procuraba excitar á la Puerta á que invadiera la Hungría (2). El temor de perder la Silesia decidió al rey á romper la paz en 1743 y á comenzar una nueva guerra contra el Austria. A este fin, aumentó su ejército hasta 142,000 hombres y llenó las arcas del Estado para poder dar en un momento oportuno la batalla decisiva.

Este momento llegó cuando Sajonia firmó el tratado de 20 de diciembre de 1743, poniéndose al lado del Austria, y prometiendo auxiliarla, en caso de guerra, con 6,000 hombres. Federico II sostuvo que aquel tratado había sido hecho contra él, no obstante que por su parte había hecho la Union de Francfort (23 de agosto) en virtud de la cual se habían aliado la Prusia, la Baviera, la Suecia y el Palatinado para la defensa comun. El rey pudo emprender el ataque antes de lo que pensaba, pues supo que los austriacos amenazaban la línea del Rhin y, por tanto, la Alsacia y la Lorena. Con esto en agosto de 1744 invadió la Bohemia con su *ejército auxiliar imperial*, como él lo llamaba, compuesto de 80,000 hombres. El objeto principal de la guerra no era únicamente la defensa de Silesia, sino «el completo aniquilamiento de la casa de Austria» y especialmente la conquista de los territorios del Nordeste de Bohemia, que se había hecho ceder en el tratado firmado con el emperador Carlos (3). Sin resistencia, llegó el rey de Prusia delante de Praga, cuya guarnicion hubo de capitular (16 de setiembre). A instancias de los franceses, avanzaron los prusianos hasta Budweis, pero una vez allí se encontraron en una situacion deplorable, pues el pueblo se les mostró en todas partes adverso y «la nobleza, el clero y los burgomaestres de las ciudades, segun escribía el mismo rey, permanecían muy adictos á la casa de Austria». Federico pudo conquistar, en una rápida campaña, la Bohemia, pero no pudo conservarla. El ejército austriaco, procedente del Rhin, se reunió con el contingente húngaro

(1) Correspondencia política, II, 41.

(2) H. Plenker, *Memorias del Internuncio*. Los negociadores eran el príncipe de Moldavia y un conde Seewald.

(3) Segun Draysen, el Austria fué la que violó la paz; segun Arnetz, fué Federico II. La opinion que acerca de la intencion de Federico II emiten Coxe, Arnetz, A. Beer y Alfonso Huber, apoyándose en documentos ingleses y austriacos, no está desmentida por la «Correspondencia política de Federico II» I, II.